

LECTURAS: POESIA

TRES POETAS JÓVENES

Por PABLO CORBALAN

Los caminos de la poesía son infinitos, tantos como dicen que son los que se dirigen a Roma. Sobre la mesa del lector se han ido acumulando libros de poesía. Cada uno de ellos ha sido disparado, como una saeta, por una distinta sensibilidad hacia una diana particularmente escogida. El lector los ha leído y anotado, y, por fin, ha escrito algo acerca de ellos. Lo que sigue son algunas impresiones del lector sobre tres de los últimos libros poéticos leídos.

1.---R. MONTESINOS: «EL TIEMPO EN NUESTROS BRAZOS»

RAFael Montesinos conquistó con «El tiempo en nuestros brazos» (Agora, Madrid, 1958) el Premio Nacional de Literatura. Es un libro mas bien breve, parco, en el que abunda el verso corto, en forma de canción, que alterna con formas mayores, especialmente sonetos. Se canta en el tiempo pasado, la fragilidad del presente y el amor. Se canta también la pequeña flor del hijo, recién abierta, y al amigo muerto prematuramente. Todo en la corriente incontinente del hoy perdiéndose en los brumosos puentes del ayer.

El acento poético de Montesinos es romántico. Casi no habría que decirlo después de haber registrado sus temas predilectos. Hay en su voz melancolía y ruinas. Fiel a su sensibilidad, cantó siempre desde la misma nostálgica actitud. En el índice de su obra general hallamos títulos enebulados: «El libro de las cosas perdidas», «Cuaderno de las últimas nostalgias», «La soledad y los días...». El poeta está solo, se encuentra solo aun en el amor, aun a la hora de la paternidad; solo consigo mismo y el recuerdo dorado de una infancia machadiana, entre limoneros y luz de su natal Sevilla. Nada logra separarlo de ello. Pero tampoco él lo desea y sufre gloriosamente estático —con el tiempo en los brazos— esperando lo que sabe no ha de volver. He ahí la raíz de su poesía.

El romanticismo de Montesinos se extiende entre dos polos. A un lado, Bécquer, y al otro, don Antonio Machado. Entrambos, como un aliento popular que asciende desde la tierra vernácula a los labios del poeta fundiéndose con las corrientes que le llegan de fuera. La conjunción de los tres veneros —no tan distintos como pudiera parecer— condicionan su personalidad poética. Ahora bien, ¿cómo llega al lector esta personalidad? Pues llega frágil y delgada, sutilísima, casi como un perfume de delicada estructura, a punto de quebrarse y de no ser, en estado de febril aliento. El lector prefiere —el lector puede preferir— de todo el libro la melancolía de las «Cinco canciones de amor a Tarazonilla». Encuentra en ellas una profundidad verdadera y los máximos aciertos de expresión poética: «Nunca debí volver — a lo perdido. Vives, — ¡oh, tiempo!, recordando — entre ruinas tristes. — Lejos de ti florecen — de nuevo los jardines, — blanca Tarazonilla — de los años felices. — Sólo es verdad aquello — que en la memoria existe.»

2.---JOSE A. GOYTISOLO: «SALMOS AL VIENTO»

EL poeta ha escogido por lema para su libro («Salmos al viento», Premio Boscan 1956, Barcelona, 1958) el nombre de Quevedo bajo tres versillos que rezan así: «Oyente, si tú me ayudas — con tu malicia y tu risa, — verdades diré en camisa». El lema le parece al lector mal escogido. Su tono festivo equivoca. No es este libro para

hacer reír ni siquiera para provocar la sonrisa. Se trata de un libro amargo. El poeta —José Agustín Goytisolo— hubiera podido hallar en la obra del grande y actual don Francisco cita más apropiada. En lo que sí acierta la cita es en lo de anunciar «verdades» no tanto en camisa como en otros grotescos atuendos. El poeta va a decir sus «verdades» de cara al público, como explican en la radio. Y se comprende que para hacer esto esas «verdades» deben ser el secreto de Polichinela, porque sólo las verdades sabidas o sospechadas pueden ser atentadas y entendidas por todos.

Una poesía como la que se intenta en «Salmos al viento» presentaba un grave riesgo: el de nacer ya mera prosa, por lo «prosaico» de los temas y por la forma expresiva empleada, el verso libre y el tono narrativo. Pero Goytisolo, poeta de autenticidad, dueño de sensible retórica, consigue situar sus poemas en el justo límite de la claridad formal, a la parte dentro de la poesía, donde lo son plenamente, casi —diría el lector— asombrosamente. La poesía se produce aquí, según entiende uno, justo por el contraste entre la forma plenamente dominada y el tema. Es decir, como si dijéramos conseguida de fuera a dentro, al contrario de lo que es usual. Y más difícil se presentaba la empresa cuando, como en este caso, se trataba de abordar un cierto plano satírico. Porque —sigamos el hilo— este libro es una sátira de dramáticos rasgos, de desconsoladora realidad. Un libro de fácil apariencia con conmovido corazón altísimo, atravesado por una moral quevedesca, de profunda raigambre española. Y esto es verdad, a pesar del tópico.

3.---CLAUDIO RODRIGUEZ: «CONJUROS»

LEYENDO los poemas de «Conjuros» (Canta-lapiedra, Santander, 1958), el segundo libro que publica Claudio Rodríguez, se tiene la impresión de sostener entre las manos un haz jubilo-so e iluminado y de encontrarnos ante un chispeante fuego en el cual podemos adentrarnos y gozar. «Conjuros» es un cegador relampago ascendente de juventud perenne, de esmeralda esperanza, de explosiva alegría alzada desde una realidad que se quiere olvidar. O mejor, a cuya realidad se desea sustituir por otra de felices destellos humanos, de encendido amor solidario. En este libro el lector encuentra un planeta de florida primavera en la que el hombre es exaltado con jubilosa fraternidad. Sucesivas e incesantes oleadas de contextura y esencias populares, de saludable colorido áspero y rural; cantan y nos envuelven, levantándonos al ámbito más libre y espacioso, a una especie de paraíso abiertamente terrestre y ansiadamente celeste. Son conjuros que nacen de imágenes simples y directas, en las que intervienen sencillos objetos domésticos y populares, construidas con trama campesina, hábiles para expresar la proclamación deseada de un universo en dicha. Pero no deja de estar presente, como decía, la realidad rechazada desde la que la proclamación se justifica.

Claudio Rodríguez viene, como poeta, de una actitud lírica situada en el límite y desde ella parte, con embriaguez, hacia arriba, hacia lo inasequible que, prodigiosamente, él casi alcanza. Un tal vuelo solo le es posible a quienes poseen alas predestinadas para mantenerse y perderse sin desaparecer. Este joven poeta, que ya en su primer libro quedó definido por su certero impacto poético, ha conquistado con «Conjuros» un puesto de vanguardia indiscutible. La poesía tiene en Claudio Rodríguez un joven maestro inconfundible.